



• CAPÍTULO 1 •

RHONDA

La doctora Martínez dejó el bolígrafo sobre el escritorio, cerró la carpeta que contenía el expediente médico, sonrió y dijo:

—Rhonda, ¿les podrías decir a tus padres que entren al consultorio, por favor?

Rhonda asintió con la cabeza, sin decir ni una palabra, se puso de pie, fue hasta la puerta, la abrió, miró a la mujer y al hombre que estaban sentados en la sala de espera, y con un gesto que era solamente comprensible para ellos los invitó a pasar.

Los padres de Rhonda no podían ser más distintos entre sí.

Iris, la madre, con su vestido multicolor de bambula, sus collares de cuentas, su cabellera abundante y colorada, su expresión liviana, casi etérea, su sonrisa fácil.

Javier, el padre, con su pantalón gris, su camisa blanca, su maletín negro, su cabellera castaña cortada con prolijidad profesional, su expresión seria, su sonrisa difícil.

Fue amor a primera vista, veinte años atrás, y un tiempo después nació Rhonda: de su madre heredó la cabellera colorada, aunque más oscura y más dócil; de su padre heredó la sonrisa difícil, aunque no tan difícil. Todo lo demás era propio: los ojos levemente rasgados, el cuerpo fuerte y robusto, la personalidad introversa, un tanto huraña, la pasión por los

animales en general, el amor de locura por su perro Toto en particular, la fantosmia.

Y era esto último el motivo por el que estaban, en ese momento, en el consultorio de la doctora Martínez, psiquiatra.

—Bueno —comenzó la doctora—, después de meses de terapia pude concluir un diagnóstico: Rhonda no tiene ninguna patología. Su personalidad está dentro de lo que podemos llamar normal, aunque no me gusta esa palabra, para una chica de catorce años. Según me dijo Rhonda, las alucinaciones olfativas son el único tipo de alucinación que padece; es decir: no tiene alucinaciones visuales ni auditivas, y esto sin duda es algo bueno. Por otra parte, los estudios del cerebro que se hizo: tanto la tomografía computada como la resonancia magnética, dieron perfectamente bien. Mi opinión médica, teniendo en cuenta todo esto, es que la fantosmia, es decir la alucinación olfativa, es algo aislado que desaparecerá solo.

—Pero ¿a qué se debe? —preguntó el padre, sin ocultar su preocupación.

—Una explicación posible es que Rhonda, en otro momento de su vida, haya sentido ese olor, y lo que ocurre ahora es que su cerebro lo recuerda. Tiene la sensación de que ese aroma está presente en el ambiente, cuando en realidad se trata de un recuerdo.

Esto no es algo común pero tampoco es imposible. El cerebro puede funcionar de maneras extrañas.

Rhonda habló por primera vez en un largo rato y, cuando lo hizo, se dirigió a sus padres:

—¿Alguna vez estuve en un bosque de eucaliptos? Porque desde que tengo memoria sé que nunca estuve en uno, y por lo tanto el olor a bosque de eucaliptos no puede ser un recuerdo, pero tal vez estuve en uno cuando era recién nacida o muy chiquita, y no me acuerdo.

Iris y Javier negaron lentamente con la cabeza. A Javier le habría encantado poder decirle a su hija que sí, que cuando ella tenía un año pasaron unas vacaciones en una cabaña cercana a un bosque de eucaliptos, pero la realidad era que todos los años veraneaban en la casa familiar de la costa. No había ni un solo eucalipto en el pasado de Rhonda. Iris, por su parte, sonreía con tranquilidad: tenía otra teoría, pero sabía que el consultorio de una psiquiatra era uno de los lugares más inadecuados para expresarla.

La doctora Martínez volvió a hablar.

—Rhonda, una cosa que me llama la atención es lo específico de tu alucinación. Hueles un bosque de eucaliptos, no simplemente eucalipto, o menta, o algo similar. ¿Por qué dices *bosque* de eucaliptos?

—Porque es lo que me sale decir cuando me viene ese olor. No lo sé.

Se cruzó de brazos, cansada de explicar lo mismo una y otra vez: el olor a bosque de eucaliptos aparecía en el ambiente y solo ella lo sentía. No sabía por qué sabía que se trataba de un bosque y no de un simple árbol u hojas sueltas, pero lo sabía. Quería ser una chica común y corriente de catorce años, que acababa de terminar segundo año, que en unos meses cumpliría los quince –sin fiesta en salón ni vestido: había elegido viajar con sus padres; consideraba que los recuerdos serían más abundantes–, pero eso que le pasaba no era normal. Y no le gustaba.

La única que sonreía era Iris, aunque trataba de disimularlo. En ese momento se acordaba de una frase que había leído hacía mucho tiempo.

–Lo único que puedo sugerir es que vuelvas a hacer la tomografía y la resonancia en unos meses, para ver si con el tiempo se muestra algo que ahora no se ve, y que regreses a consultarme cuando quieras –dijo la doctora Martínez, sin poder ocultar su deseo de no ver más a esa chica que seguramente había estado en un bosque de eucaliptos y no lo recordaba, ni a su madre que no dejaba de sonreír y que evidentemente ella sí necesitaba una psiquiatra.

Iris, Javier y Rhonda se pusieron de pie, saludaron a la doctora, salieron del consultorio, se subieron al auto, y recién en ese momento Iris dijo:

—Es mala la memoria que funciona solo hacia atrás.

Javier puso cara de póquer: ya conocía las teorías de Iris. No coincidía con ella, tampoco le molestaba, pero ahí había una tercera persona: Rhonda, su hija preocupada por una alucinación que no podía explicar. No era el lugar ni el momento para que Iris desplegara sus conocimientos paranormales.

—¿Otra vez con el asunto de las premoniciones, mamá? —rugió Rhonda.

—Hija, es simple: si el bosque de eucaliptos es un recuerdo, y nunca, nunca, nunca estuviste en un bosque de eucaliptos, significa que se trata de un recuerdo de algo que todavía no ocurrió. Es decir, una premonición.

Rhonda bufó y se puso lo auriculares, un modo de decirle a su madre que no estaba de ánimo para sus tonterías.

Apenas llegaron a la casa, Rhonda se encerró en su habitación. Su humor estaba tormentoso, igual que el cielo en ese mediodía caliente de verano. Se venía una de esas tormentas eléctricas que tanto la asustaban cuando era chica. No es que ahora le gustaran, pero ya no le generaban terror, ya no corría a refugiarse en

los brazos de mamá o papá. Se dio cuenta de que era 9 de diciembre y no había armado el árbol de Navidad. Además del familiar, ella tenía uno propio, más pequeño, en su habitación. En lugar de las clásicas borlas le colgaba llaveros con muñecos que compraba a lo largo del año: las adquisiciones más recientes habían sido un unicornio y el símbolo de las Reliquias de la Muerte, de *Harry Potter*. En lugar de las luces, le colgaba brazaletes, collares y tobilleras. Le gustaba hacer eso, armar su propio árbol de Navidad; era un ritual personal. Pero en ese momento no tenía ganas y tenía calor. El arbolito tendría que esperar.

Sacó el traje de baño del primer cajón de su cajonera, se lo puso, agarró una toalla y, antes de salir de la habitación, impulsada por una sensación que no supo explicar, tomó de una bolsita una de las tobilleras que colgarían de su arbolito personal y se la colocó en su tobillo izquierdo. Era una tobillera hecha con pequeñas cuentas de madera que le había comprado a un artesano en una plaza, meses atrás, poco tiempo después de que comenzaran las alucinaciones.

Salió de su habitación con la toalla colgada de un brazo. Su padre estaba tomando café en la cocina viendo por tv una nota sobre las compras navideñas.

—Rhonda, se viene una gran tormenta, no te vas a meter en el agua ahora, ¿no?

—Un rato. Un ratito y salgo. Tengo calor.

Su madre estaba en su estudio; la puerta estaba abierta. Rhonda se asomó incluso sabiendo lo mucho que la fastidiaría lo que vería. El estudio de su madre tenía runas, cartas, una bola de cristal (esto era lo que más irritaba a Rhonda), incienso, velas, una tabla ouija y un florero con girasoles que no coincidía con el resto de los objetos de su oficio espiritista, pero que Iris últimamente se encargaba de mantener siempre frescos, sin importar lo mucho que le costara conseguirlos. Unos días atrás, Iris había salido de su estudio gritando, eufórica, que un espíritu la había contactado. La verdad era que no había entendido muy bien el mensaje; solamente dos palabras se marcaron con claridad en la tabla ouija: RAYO y GIRASOL. Iris decidió interpretar todo eso como una señal de *algo*, así que se encargó de tener girasoles en su estudio. El asunto del rayo estaba un poco más complicado.

En el momento en que Rhonda pasó por el estudio, su madre miraba fijamente la tabla ouija, cosa que hacía cada vez que podía, a la espera de un nuevo mensaje. Iris vio a su hija en la puerta y le sonrió. Rhonda puso los ojos en blanco y siguió de largo.

Dejó la toalla sobre una de las tumbonas de plástico, le acarició las orejas a Toto, y se metió en la piscina. El agua estaba cálida. Miró al cielo: era verdad, se

largaría a llover en cualquier momento. Había crecido oyendo a su padre decir que podía usar la piscina siempre que no lloviera, por los rayos que podían caer en el agua, cosa que no había ocurrido jamás en sus catorce años. Y en ese momento, hasta que se largara a llover, Rhonda estaba dispuesta a relajarse. Había tenido una mañana horrible.

Se sumergió y dio varias vueltas nadando estilo crol. Luego se dio vuelta para pasar al estilo espalda, su favorito. Y ahí, de pronto, de la nada, como ocurría siempre: el bosque de eucaliptos. Sintió como si el bosque la rodeara, como si en vez de dar brazadas en su piscina de concreto estuviera nadando en un lago colindante al bosque, ese bosque que ella nunca había visto —estaba segura— pero que ya lo tenía incorporado a su vida de algún modo que no podía explicar.

Y entonces, un relámpago llenó de luz el cielo.

Y seguido al relámpago, como solo ocurre en las películas, un rayo cayó en la piscina.

Iris y Javier dejaron todo —ella su tabla ouija, él su café— y corrieron hacia el patio: tenían que asegurarse de que Rhonda estuviera bien.

Miraron la piscina, miraron la toalla sobre la tumbona, miraron a Toto que no paraba de ladrar, enloquecido.

Se miraron entre ellos.

—¿Dónde está Rhonda? —preguntó Iris.